

la batalla del hombre contra el hombre. Lo importante es no pleitear con Dios en estos momentos de trágica trasgresión de la inteligencia, desorbitada y vacía de savia ontológica. Lo acompaño sinceramente en esa noble batalla del Príncipe de la luz contra Belcebú, rey de las tinieblas. Debemos, como una antorcha, consumirnos alumbrando. Tal es nuestro más alto y saludable destino, si queremos comparecer ante el Juez justo e inapelable del poder trascendente que gobierna el Universo, gozosos de haber cumplido con nuestro deber. No hay otro sendero a toda posible superación del espíritu. América debe gritar bien alto la belleza de su actitud, de cómo sabe conducirse ejemplarmente en esta hora crucial de nuestra civilización. Los buenos conductores se llaman Roosevelt, etc. No hagamos cuestión de nombres. También es tarea de auténticos filósofos y pensadores, guiar a los pueblos. Por todo ello alabo su obra y me complazco en felicitarlo cordialmente, con la devoción sincera de su amigo y admirador.—(Fdo.) MANUEL NÚÑEZ REGUEIRO,



RÁNQUIL, por Reinaldo Lomboy. Edit. Orbe.

Constituye un caso singular el aparecimiento de este escritor que rompe la apacibilidad y la monotonía del ambiente literario de la capital. Gran sorpresa ha causado *Ránquil*, «novela de la tierra», por traer el sello de la moderna concepción novelística: estilo y forma. Por esto su repercusión se ha hecho sentir tan profundamente en unos cuantos días. Es verdad que se despertó la curiosidad y el interés de conocerla desde el momento que uno de los jurados del Concurso abierto por la Municipalidad para celebrar el IV Centenario de Santiago, dió a un grupo de escritores juicios encomiásticos acerca de esta obra. Es el caso que fué novela de «concurso», y «sin mérito»

para los otros dos componentes de dicho jurado. Como obra pospuesta hoy la tenemos frente a la crítica y al público que han hecho de la novela el acontecimiento del año. Quien quiera hacer un paralelo de las tres obras, las dos premiadas y la rechazada, es fácil hacerlo, pues ellas han sido publicadas por la Editorial Orbe. Sólo nos resta decir, en cuanto a esto, que encontramos «Ránquil» de mayor atracción, tanto por su trama como por su fondo y estilo. En Chile tenemos una vez más las desilusiones que causan los Concursos Literarios, con visible injusticia e incalificable fallo, darán a los escritores desconocidos una nueva lección, y los harán perder para siempre toda esperanza de recompensa y estímulo.

Ahora bien, sobre algunos antecedentes de Reinaldo Lomboy, podríamos decir que siendo estudiante, de 17 años, dió a conocer una novela corta, titulada «Cuando maduran las espigas». *Lectura Selecta*, que dirigiera José Gally, 1927, publicó esta pequeña obra. El prologuista la presentaba como «capaz de figurar muy dignamente entre las producciones de cualquier escritor». Fué éste el primer paso que tuvo el novelista de hoy. Algunos años después aparecieron tres o cuatro cuentos en «El Mercurio», de los cuales uno recordamos por su intensidad y su ponderada selección estilística: «Números y Naranjas». En la revista de Luis Enrique Délano y Amanda Labarca *Lecturas*, allá por el año 32, figuraron también algunos cuentos suyos, como el titulado «En los Páramos». De esta época data una novela «Malandanza», que continúa inédita. Ultimamente Nicomedes Guzmán en su antología dió a conocer un cuento suyo. Después se entregó a la labor periodística. Y es éste el principal motivo por el cual se alejó de sus primeras inclinaciones literarias. El periodismo, con esa fuerza que traen las noticias sensacionales, lo atrapó poderosamente encadenándolo al cotidiano trabajo de las informaciones, de los editoriales, etc. La guerra, la política, los problemas sociales fueron objeto de su preocupación. Y, paralelamente, hizo estudios históricos de la

vida nacional, en los aspectos más variados, ésta fué la ocupación y entretención del autor de «Ránquil»: folklore, política, hechos militares, hombres, literatura, etc. Mientras tanto leyó con detención la literatura norteamericana. Y pasó el tiempo.

Un buen día, Reinaldo Lomboy, sin decir nada, emprendió un viaje al sur. Había ido a Lonquimay para darse cuenta del aspecto natural de esa tierra, para alternar con sus habitantes y respirar la atmósfera de esa naturaleza, que sintió la conmoción sorda y brusca del lanzamiento de los campesinos de Lonquimay. Recorrió los parajes donde se ensangrentara la tierra tan inhumanamente. Ubicó a sus habitantes y encontró que en los alrededores del río Ránquil se había llevado a cabo la lucha por la defensa de la tierra, el lanzamiento con los respectivos atropellos, la injusticia que conmoviera todo el espíritu de los obreros de Chile.

Volvió de su exploración, sin aspavientos, con un panorama que interpretaría con toda pasión, porque el aspecto geográfico como el humano poseía tal fuerza que era difícil desentenderse de su propio sentido social. Y comenzó a germinarse en el escritor ese movimiento campesino tanto por su esencia política y sociológico como por su significación totalmente chilena.

*Ránquil*, «novela de la tierra», como la llama el autor, es una novela de la tierra y de su gente, tierra que en manos de sus poseedores fué algo vital, algo que no podrían abandonar, y que en un momento dado hasta la vida llegarían a entregar por defenderla. Eran ellos colonos que de tanto luchar contra los elementos naturales terminaron por quererla con dolor y apasionamiento. Este sentir lo pinta Lomboy poniendo en boca don Cisternas la siguiente frase: —Es como las chicuelas... Se resiste desde un principio, mas luego, cuando se entrega no hay año que no esté pariendo... pág. 42, Don Cisternas sabía de esas cosas. Los campesinos aman a la tierra como a su propia mujer.

«Ránquil» se compone de tres partes: Raíz de la tierra, Cauce mortal, y Crepitación de savias. Raíz en la tierra, no es otra cosa sino la llegada de los hijueleros, colonos que emprenderían una lucha tenaz contra la maleza, contra la frondosidad inútil, contra el puelche y la nieve, para que más tarde hasta los peñascos produjeran y poder disfrutar lo que habían sembrado con sudores. A fuerza de hacha y barreta construyeron las chozas. Y qué alegría y angustia en las labores. Lomboy pinta las faenas en forma objetiva, precisa y con amenidad. Los campesinos como Nicolás, Mingo y don Cisternas aparecen primeramente, cada uno con su fisonomía propia. Nicolás es el de la fortaleza corporal, franco y de altivez sin violencia. Mingo, el muchacho que comienza el aprendizaje de las labores agrícolas. Don Cisternas, el bonachón, el amigo de hacer el bien, es la figura de los viejos hijueleros, sentencioso y afable.

Y, poco a poco, el escritor nos va presentando los personajes que han de dar vida a las 473 páginas de la novela. Ahí está Astroza, que al ver incendiado su rancho, se encoleriza, y llevado por la desesperación y la angustia, lanza este refrán significativo: —«Tanto joden al buey manso que al cabo da la patada!». Y Robledo, otro de los campesinos, que al saber la noticia del desalojo, dice a sus compañeros: —No pueden quitarnos la tierra, Todo lo hemos trabajado nosotros. Puro monte no más había cuando le pusimos hombro al trabajo, puro monte... No puede ser que nos vengán ahora a quitar así no más lo trabajao!... Y Moisés Moreno, y otros, cada uno deja su huella en nuestra memoria, sea por sus frases o por el destino que corrieron en la lucha contra los *verdes*, o sea las fuerzas armadas de la región,

Las mujeres, en este escenario de Ránquil, se mueven con sus propios gestos y palabras. Individualizadas vemos a doña Candela, la viejecita incansable en sus trajines, y que al fin llegamos a admirar por sus ocurrencias. Domitila, la mujer de Nicolás, compañera en los trabajos de hortalizá, es la fidelidad

y el heroísmo, reconocimos y apreciamos en ella su actitud de campesina sin dobleces. Laura, en quien se refleja el amor, y que una vez curada de una enfermedad misteriosa, se casa según la costumbre de esos lugares, o sea sólo con el consentimiento de sus padres. Figura también una india, la paisana Cantrilao, la machi que cura a los enfermos a falta de doctores. Celia, es la que devotamente confiesa sus pecados anuales a los misioneros, para reincidir y confesarse al año siguiente. Es la traidora de la insurrección. Luego Rosario, Nacha, etc. todas ellas participan en el movido desarrollo de esta novela. Capítulo tras capítulo van dando su actividad y su carácter sentimental.

En la primera parte, Raíz de la tierra, después de limpiar de malezas, de troncos y de piedras el suelo, nos hallamos con las siembras, y luego con las cosechas. Hay cuadros de gran animación y colorido. Todo ello escrito con maestría. Lomboy usa un estilo ágil, para darnos a conocer algunas faenas agobiantes, o alegres. Hay un robo de animales. Aparecen los uniformados que cuidan los campos en nombre de la ley. Se ven aquí las injusticias, la poca nobleza, lo que subleva nuestro ánimo. Las conversaciones de las mujeres en los ranchos son sabrosas y entretenidas. Quienanday, un perro, anima la narración. Hay cientos de pormenores en la novela que vitalizan la narración, sea por la intriga o por la descripción de la zona. Habiendo visitado el autor esas tierras, nos lleva con seguridad por algunos parajes dignos de conocer, por su fertilidad o por su desolación.

Cauce Mortal, es el desalojo, el lanzamiento de los campesinos, la lucha encarnizada y sangrienta contra las fuerzas armadas de diferentes comunas de la provincia. Se le queman las casas a punta de armas, y a golpes despiadados van echando a la gente que combatió la maleza y limpió los campos para que fuesen fecundos. Ahora la lucha es contra los hombres. Los campesinos, con valentía y coraje, libran varios encuentros.

Lomboy, con destreza, pone en movimiento esas masas en forma admirable. Es en esta parte la culminación de la novela. Es la ráfaga narrativa más brillante del escritor. Nuestro entusiasmo se despierta con admiración. La muerte, los castigos inhumanos, todo el atropello concebible pusieron los verdugos vencedores, guardadores del orden y de la ley. Soplo doloroso y trágico es el Cauce Mortal. En esta parte, como hemos dicho, llega la culminación de la novela. Lomboy en estas escenas demuestra una vigorocidad formidable, una capacidad creadora que no habíamos visto en nuestros escritores.

La tercera parte, Crepitación de Savias, es la huída, la fiera persecución de los hijueleros que lograron escapar del encarcelamiento, de los tratamientos vengativos, de la muerte. Se da aquí cuenta de los fugitivos que partieron hacia los cuatro puntos cardinales, de su hambre, del cansancio, del frío hasta dejarlos inmóviles. Tras ellos quedaron las mujeres y los hijos en prolongada espera. Los campos sin vida, que luego llamaron el «matadero». Las familias hostilizadas hasta lo ilimitado, siguieron esperando la vuelta de los hombres huídos o encarcelados. La angustia y la miseria se apoderó de la zona como un animal hambriento. Una serie de incidentes abundan en este capítulo, que emociona por su dramaticidad. Hasta que llega un día en que vuelve la paz al campo. Las represalias se fueron perdiendo con el tiempo, olvidando también a los fugitivos, que fueron regresando poco a poco a sus hogares, pero siempre sometidos a la vigilancia. Todo quedó en paz: ni un vestigio de la tragedia se vió en la comarca, con el tiempo, pues cada año la naturaleza renovaba la tierra con sus cuatro estaciones.

Esta es nuestra impresión general de los tres capítulos. En cuanto al estilo de la narración, siendo Lomboy un periodista destacado, advertimos que su novela «Ránquil», se aleja bastante de las características que acompañan a los escritos de los reporteros y de los editorialistas. El estilo de Lomboy posee

ese valor y alcurnia propios de los narradores distinguidos. La liviandad de la frase y el vigor se armonizan, dando una sensación moderna por la brillantez expresiva. El vocabulario extenso, además valoriza algunas palabras propias de la región. El dominio del lenguaje es visible, su fuerza y colorido le dan esa calidad equilibrada que no fatiga. La nota lírica aparece en ocasiones, pero no es ese lirismo de los contemplativos y sentimentales. Este rasgo se nota en varias partes de la novela, lo que le da un sello original dentro de nuestra literatura. No es el voluptuoso frente al paisaje. Su reacción está lejos de lo puramente idílico. Mira la naturaleza en su armonía potente y substancial. He aquí el bosquejo realista de la corta de árboles: Bamboleaban las hachas con un esfuerzo de todo el cuerpo, desde la planta de los pies hasta los últimos músculos de las manos, y doblando el torso dejaban caer la herramienta con todo el peso del cuerpo en incisiones horizontales sobre los troncos. Al seco retumbe del golpe se unía más atenuado al ¡ah!, ¡ah! con que expulsaban la respiración. Los primeros hachazos despertaban de improviso al mundo animal. Ruidos leves de hojas indicaban la huída de los coleópteros o una llevasón de ramas anunciaba la medrosa fuga de las bestias enmontañadas», pág. 254.

La descripción del viento llamado «puelche», es otra parte digna de antología, por las sensaciones estremecidas que logra dar. La pesca del salmón; «El agua se va doblando en saltos sonoros por las piedras. Su lomo rugoso destella de improviso, fugazmente, y un uso de plata salta y se hunde, en traslumbre visible apenas para encandilar la vista y fingir engaño de la imaginación. Pero el anzuelo, agitando en su extremo la pequeña langosta de las ratoneras, cae al centro de las aguas, allí donde la corriente se encauza entre rocas y voltea con furia. Un chasquido leve surca el aire, etc. pág. 194.

Otro ejemplo descriptivo interesante y desconocido es el

relacionado con la búsqueda de los piñones, y el de la sequía con su respectiva hambruna.

Lomboy, con «Ránquil», rompe sorprendentemente con técnica y sentido social, la tradición criollista, campechana y simpática de la novela chilena. El romanticismo raquíptico frente a la vida de los hombres de campo queda desplazado con esta obra potente por su contenido humano y social. Por la forma en que está escrita en primer lugar, y en segundo por la presentación de masas y figuras individuales reciamente logradas. La forma de tratar un motivo como es el levantamiento revolucionario de Ránquil, asombra, porque por primera vez encontramos en una novela la dignificación de un movimiento de masas lleno de heroísmo, por causa justa. Tras la justicia y la dignidad murieron los campesinos. Pertenece «Ránquil» a la literatura de carácter social, y como primera obra, nada en ella es desdeñable. Loable creación artística por lo episódico. Hemos dejado los múltiples incidentes dignos de ser detallados, pero baste decir que el escritor con pluma y espada intelectual, logra un realismo dramático, y una penetración psicológica, política y social digna de los mejores novelistas revolucionarios. Lomboy ha realizado lo que esperábamos tan largo tiempo: la novela de la tierra y de sus trabajadores, que desposeídos y humillados, muertos o en la cárcel, dieron una lección a la política nacional, y a sus hermanos en explotación diseminados a lo largo de nuestro territorio.—FRANCISCO SANTANA.